

La fábula de Hoang-Ti

1

Hoang-Ti tenía miedo. Era un hombre y tenía por eso miedo.

Cuando un hombre tiene miedo, ataca: Busca enemigos y, si no los tiene, los inventa. Dar cuerpo a esa sinrazón del vacío, que es lo único que de verdad nos asusta, propone una tarea e impulsa a un combate: Salva, más o menos provisionalmente, de la nada.

Luchar emborracha. No hay fiesta mejor que la guerra. Uno se agita y se cree por eso activo; violenta, y se figura por eso libre. Y si vence, se cree además dios.

Hoang-Ti atacó a los tártaros y a los pueblos del Sur; atacó a los reyezuelos de Tsi, Chow, Tchao, Wei, Han y Yen. Ensanchó y aseguró las fronteras de su país, impuso el orden en el interior, y —vencedor absoluto— mereció el título de “Emperador de Hierro”.

Un “emperador de hierro” es una especie de crustáceo. Se rodea de una sólida caparazón, pero por dentro permanece blando, informe y suciamente palpitante: falto de un esqueleto que le arme.

Hoang-Ti, vencedor de todos sus supuestos o reales enemigos, no venció nunca su miedo. Seis millones de esclavos trabajaron por orden suya en la erección de esa Gran Muralla que debía asegurar de una vez para todas la inviolabilidad de su dominio. Pero, detrás de la Gran Muralla, Hoang-Ti se agitaba inquieto. Acompañando a sus ejércitos, corría de un lado a otro de su país. Sus marchas, di-

bujadas en un mapa, recuerdan el nervioso zigzaguo de esos seres microscópicos que, pese a su loca movilidad, nunca salen del campo redondo de nuestras lentes: Del cero en que encierra su inquietud febril, una observación hecha desde un punto de vista un poco alto.

2

Hoang-Ti no se contentaba con conquistar el espacio. Quería, sobre todo, vencer el tiempo. Cada vez comprendía mejor cuál era su verdadero enemigo —su miedo— aunque le costaba nombrarlo.

El tiempo es mal enemigo. Nuestro esfuerzo para herirlo, nos hiere; nuestro encono en la lucha, nos enferma; nuestro vivir, cuanto más intenso es, más se convierte en un ir muriendo.

Hoang-Ti se proclamó “Primer Emperador”. La Historia comenzaba con él y, a partir de él, nada debía cambiar. Reglamentó el orden de las siembras, el calendario, el sistema de pesas y medidas, y la escritura. La movilidad del devenir le espantaba. Estableció, pues, de una vez para todas, lo que debía ser. Con sus reglamentos y sus leyes quería fijar puntualmente el tiempo, como con la Gran Muralla había fijado el espacio.

Cuanto habían hecho sus predecesores era vano. Simplemente, el pasado no existía. Había que hacer que no existiera. Y Hoang-Ti mandó quemar los “Cánones”, los “Archivos” y todos los libros confucianistas. Quienes se atrevían a comentarlos y a enjuiciar su obra, fueron condenados a muerte. Muerte al pasado, muerte a cuanto amenazaba o ponía en duda el imperio de sus disposiciones. Que imperara el “ahora” eterno: Su imperio: La muerte del pasado y el futuro: La victoria sobre el tiempo.

3

El emperador, que vivió doscientos cincuenta años antes de Cristo, adoptó el nombre —“Hoang-Ti— del mítico “Emperador Amarillo” que había vivido, si es que efectivamente vivió, dos o tres mil años antes. Hoy, sus personas se confunden y el uno se salva

en el otro: Lo pintoresco en lo significativo, y, al revés, lo mítico trascendente en la anécdota de una existencia singular. Pero ésto no hubiera satisfecho al hombre que se hacía llamar Hoang-Ti. Lo que el quería era inmortalizarse en carne y hueso, eternizar su "ahora" y "aquí".

Hoang-Ti se paseaba muchas veces por la costa de Shangtung. El tirano que había impuesto un orden cerrado e implacable, el guerrero que, renunciando a la conquista del espacio ilimitado, se había parapetado tras la Gran Muralla, se ensanchaba ante el mar a impulsos de ese vago anhelo —su miedo y su esperanza a la vez— que nada había logrado aplacar.

El sabio consejero Lu-Sheng enseñaba al emperador que, mar adentro, se hallaba Peng-Lai, "la Isla de los Inmortales", y que en esa isla crecía la misteriosa planta Chih, que confiere la inmortalidad a quienes se alimentan con ella. Hoang-Ti la había buscado mucho. La necesitaba. Y envió una expedición a la fantástica isla, bajo el mando de su lugarteniente Siu-Fu. Pero Siu-Fu no regresó. Entonces, el emperador envió una segunda flota, al mando de Lu-Sheng en persona. Y Lu-Sheng regresó, después de muchos meses, pero con las manos vacías.

Hoang-Ti se enfureció. Con el fracaso, su miedo creció y se volvió casi patológico. Hoang-Ti no quería morir. Sencillamente, no quería morir. Pero, ¿es ésto patológico?

4

Cuanto más poderoso es un hombre, más comprende sus inexorables limitaciones. Nuestra aspiración —la aspiración de cualquiera— es en el fondo tan enorme que, cuando ya no podemos pedir más a la vida, porque realmente nos ha dado todo lo que la vida puede dar, entramos con plena consecuencia en la locura latente y esencial de nuestro ser. En nuestro querer ser más de lo que somos o, quizás, lo que no somos ni podemos ser: Inmortales.

Hoang-Ti se parece a ciertos emperadores romanos en lo que tiene de humana su monstruosidad. Pedro, Pablo, Juan y Luis hubieran sido iguales a Nerón, Calígula, Gengiskhan o Hoang-Ti, si hubieran disfrutado de su poder. Las sombras de esos emperadores se limitan a reproducir en grande (en terrorífico o en grotesco) los mediocres pero malignos gestos del Uno Pedro, Pablo, Juan o Luis.

Hoang-Ti bordeó la paranoia. Siempre había sido un gran viajero pero, de año en año, su movilidad fué adquiriendo un carácter más alocado. Huía no se sabía de qué. Había pasado el mediodía de su vida —aquel mediodía en que su sombra cabía entera bajo sus pies— y el sol, al ponerse a su espalda, alargaba delante su desmesurada y caricaturesca sombra. Le asustaban fantasmas, espectros y genios infernales. Y huía. Nunca pernoctaba dos veces en un mismo lugar. Tenía miedo de que le alcanzaran, de que le sorprendieran dormido.

5

Hoang-Ti fué siempre sistemático. Su afición a reglamentar, ordenar y codificar, tienen algo de patológico. Su razón racionalizante, su disciplina de jefe militar y su manía legisladora, rayan en la locura.

Mientras alguien se limita a soñar, no hay peligro. Pase éso de que Hoang-Ti despachara seriamente flotas en busca de una imaginada "Isla de la Inmortalidad". Si no descubrió América, fué por mala suerte. Otros, basándose en leyendas no menos fantásticas que la suya, acabaron descubriéndola. Y si no la planta Chih, encontraron la quinina y la coca, que no es poco. Pero Hoang-Ti amaba los sistemas rígidos, la consecuencia por la consecuencia, la magia organizada, el pensamiento que, a fuerza de girar sobre sí, hace el vacío en torno suyo, y el orden que, de puro implacable, se destruye a sí mismo.

La manía persecutoria de Hoang-Ti, anunciada por la erección de la Gran Muralla, tomó forma perfecta en la construcción de su residencia de Hien-Yang, que constaba de tres mil habitaciones distribuidas en doscientos setenta palacios. Estos palacios comunicaban entre sí mediante pasadizos secretos, galerías subterráneas y un intrincado sistema de trampas y sésamos. Nunca se sabía en qué habitación descansaba el emperador. Por otra parte, su sueño era inquieto y, durante una sola noche, cambiaba varias veces de dormitorio.

Pese a todo, Hoang-Ti nunca estaba solo. Por lo menos, nunca se sentía en paz.

6

La residencia de Hien-Yang, como el laberinto de Creta y el sistema de corredores, salas, entradas tabicadas y puertas secretas de las pirámides egipcias, acusa un esfuerzo, mezquino en su complicación, pero conmovedor en su ingenuidad, de dar esquinazo a la muerte. Todos hemos soñado de niños, leyendo ciertos folletines, en una construcción semejante. Hay algo en nuestra mentalidad que nos empuja a pensar que, a fuerza de vueltas y revueltas, puede escaparse al peligro, a todos los peligros. Lo que hace falta es que nadie nos sorprenda. Y, sobre todo, que no nos sorprenda inermes, dormidos por una noche (como Hoang-Ti dormía, aunque inquieto), o dormidos como los faraones durante esa noche un poco más larga en que hemos de esperar la resurrección.

Que un delirio tan netamente paranoico, tan pavorosamente racional, haya cristalizado en obras arquitectónicas de verdadera importancia, produce extrañeza. Pero lo cierto es que todos nos despertamos un poco sobresaltados cuando alguien, de pie ante nuestra cama, nos mira fijamente.

Sea un recuerdo animal o un temblor hondamente metafísico, no nos gusta que nos desnuden o nos violen cuando nuestra conciencia duerme. En la paranoia de Hoang-Ti repercute la pretensión irrealizable del Uno Pedro, Pablo, Juan o Luis, que quisiera asegurar su dormir contra todas las intromisiones y, sobre todo, contra ciertos sueños informes y maléficos.

7

Pese a todos sus trabajos y todas sus precauciones, una mañana, Hoang-Ti apareció muerto en una de las tres mil habitaciones de Hien-Yang. Nunca se ha sabido cómo se produjo esta muerte. Pero debió ser horrible. El rostro de Hoang-Ti acusaba todos los signos del espanto y la violencia. Su fin le había clavado en su miedo. Su larga nariz se alargaba aun más, miserable; sus ojos redondos y grandes, se abrían a una luz insoportable; su tremendo sable, que, durante las audiencias, solía mantener desenvainado sobre las rodillas, yacía inútil a su lado. Hoang-Ti había muerto.

El emperador sobrevivió setenta días a su fin. Exactamente, setenta días. Porque, como nadie se atrevía a anunciar su deceso, durante setenta días, su séquito siguió rindiéndole honores, su guardia montándole defensa y sus siervos sirviéndole las comidas de costumbre y preparándole cada noche los tres mil lechos de las tres mil cámaras de su residencia de Hien Yang.

La rueda de su sistema y de su locura seguía aún girando; pero el hombre, el hombre de carne y hueso que se hacía llamar Hoang-Ti, el hombre que combatió sin descanso, el hombre que temía la muerte pero luchaba arrojado, el hombre fantástico que envió dos importantes flotas en busca de la planta de la inmortalidad, el hombre —emperador de hierro por fuera pero de blanda miseria por dentro—, se había hundido antes de esos fantasmagóricos setenta días por el centro inmóvil de esa rueda que aún sigue girando, bien sea en el sentido que él le imprimió, o bien en el contrario. Porque Hoang-Ti era poderoso, pero la muerte es la muerte, y nada, meramente humano, puede vencer la fuerza de su absurdo.

